

## Prólogo

Antes de la palabra, antes de la vida plasmada en el papel, está el prólogo. Se supone que su función es anunciar lo que viene, pero lo que viene en este libro es pasado, y del mejor. Paradoja eterna del periodismo y del drama de la existencia. El pasado que enraíza, da pertenencia y sentido, permite avanzar sin perder la esencia. Ese pasado como faro del futuro es el que se descubre con la lectura de *Periodismo y Periodistas antes del Clic*, 32 visiones.

Cuando Sonia Mendoza Gómez me conversó de su inquietud por reconocer a primeros actores de la historia reciente del periodismo local, estábamos al aire libre, compartiendo un café y un cigarrillo en un día brillante. El viento nos despeinaba y al agitar su cabeza para esquivar algunos mechones díscolos, vi en sus ojos algo que pocas veces me ha tocado contemplar. A medida que se adentraba en el tema, destellos castaño verdosos se esparcieron y la rodearon en un halo casi místico, brotaron palabras que contaban anécdotas, nostalgias, temores de olvido y afecto profundo por las nuevas generaciones de colegas internautas. Ellos tenían que saber cómo llegaron a hacer lo que hacen. Concepción tenía que saber. El país entero tenía que saber... Sentí que yo también tenía que saber.

Imagino que algo parecido le pasó a Remijio Chamorro Rodríguez. Su experiencia en el diario *Crónica*, la agencia Orbe y la Municipalidad de San Pedro de la Paz fueron un débil escudo. Con otro café, otro cigarrillo y en un día luminoso -distinto al que me dedicó a mí-, Sonia consiguió involucrarlo junto a ella con el vapor amarillento de su mirada, musitó sus anhelos en la brisa, como un conjuro, y logró que al colega se le estremeciera el alma. Resultado: Remijio se zambulló en el proyecto con el mismo ahínco que exhibía la instigadora.

Alipio Ortega Alarcón tampoco pudo escapar. Imposible. Ella lo reclutó en un tercer día soleado. Ignoro si tenía un cigarrillo y un café, pero seguro que no era indispensable. Igual le funcionaron las dotes heredadas de sus antepasadas celtas, la envolvente bruma casi verde saliendo de las pupilas, la invocación susurrante, la atmósfera. Alipio -experimentado periodista gráfico

en los diarios *El Sur*, *El Mercurio*, *La Tercera*, *Las Últimas Noticias* y en varias agencias- sucumbió ante su compañera de curso de la Universidad de Concepción y se encontró, cámara en mano, dispuesto a disparar.

Contagioso el ímpetu de Sonia, pero nada de raro en ella.

Su nombre se ubica entre el de Mercedes Ducci y el de Mónica Cerda en el listado de galardonadas con el premio nacional Lenka Franulic, instaurado en 1963 en honor a la primera mujer periodista chilena, ese año lo recibió Raquel Correa. En 1994 la Asociación Nacional de Mujeres Periodistas de Chile se lo otorgó a Sonia Mendoza, la primera de regiones que lo obtuvo. Lo recuerdo claro, conocí su persona en la comida que le ofreció el Colegio en el Club Concepción para festejarla. Antes de esa noche tenía referencias sólo de oídas, en esa época ya era leyenda.

Aprendió el oficio con entusiasmo -el mismo que usó con Remigio, con Alipio, conmigo- y, no conforme con jurar servir a la verdad, ella le agregó fidelidad a la profesión. Pero como a veces se pone superlativa, el amor eterno no podía quedar fuera del compromiso. Ha cumplido en todo, ha sido leal a sí misma y a la sociedad desde los distintos lugares en los que la ha puesto el destino, ya sea como jefa de la corresponsalía del diario *Las Últimas Noticias*, como editora de la sección Actualidad en *Diario El Sur* o en la *Revista Nos*.

Inquieta, encontró tiempo para obtener el grado de magíster en Comunicación Creativa y practicar docencia, desde 2002, en la Universidad San Sebastián, en la del Desarrollo y en la Católica de la Santísima Concepción (UCSC), donde semanalmente publica el periódico universitario *El Penquista Ilustrado*, su hijo más mimado.

Este es su segundo libro, antecedido por *Sones de Banda: la Tragedia de Cañete*, que recoge los perfiles humanos de los sobrevivientes del accidente que, en 2006, sufrió la Banda Instrumental del Regimiento Reforzado N° 7 "Chacabuco" de Concepción. Además fue editora general de *Talentos Nacientes: Arte*, espacio de convergencia, volumen con un conjunto de entrevistas a creadores de la UCSC que son presentadas junto a sus obras.

Apenas cerró la edición de *Talentos Nacientes* permitió que el espacio en su mente lo llenaran aquellos con los

que había compartido jornadas, los fieles, los entregados, como ella misma. Entonces se adentró en sus laberínticos cuadernos y, ya puesta en la misión, para Sonia comenzó lo mejor, la etapa de vivir y resucitar una y mil veces junto a los 32 periodistas que forman parte de esta publicación. Ellos son protagonistas y entrañables testigos de las tres últimas décadas antes de la masificación del clic.

Gracias a sus trabajos los penquistas fuimos parte del sistema solar. Supimos que Nixon dimitió (´74) y que murió Franco y se restauró la monarquía en España (´75). Nos contaron que después de 20 años al fin terminó la Guerra de Vietnam (´75), que en Inglaterra nació la primera niña probeta (´78) y que falleció Pablo VI y posteriormente su sucesor Juan Pablo I, ambos el mismo año 1978.

En la década del ´80 siguieron dándonos su esfuerzo y nos transmitieron sobre el recrudescimiento de la guerra entre Irán e Iraq, además de mostrarnos las fotos de la hambruna en Etiopía, que conmovieron a todos los habitantes del planeta. En 1984 nos enteraron del virus del SIDA, en 1986 de la catástrofe nuclear en Chernobyl y, un año después, que Reagan y Gorbachov firmaron un tratado para reducir el arsenal nuclear. Finalmente supimos por ellos la caída del muro de Berlín y la escandalosa masacre de estudiantes en la Plaza de Tiananmen, en 1989. Era el término de la Guerra Fría.

En los ´90, entre otras informaciones, dieron cuenta del fin del apartheid (1948-1992) en Sudáfrica, del ataque al World Trade Center de Nueva York en el ´92, de las guerras en la ex Yugoslavia y Ruanda (´94) y de la muerte de Diana de Gales en el año 1997.

Todo eso nos contaron y muchas cosas más, sin Internet ni celular, sólo con el teletipo que traía las noticias generadas por las agencias informativas. Pero se trataba de que entendiéramos un mundo ajeno, distante de las costas más australes del Pacífico, así que se las arreglaban para que los datos escuetos de la agencia contratada lograran cercanía y significado, gastaban las calles buscando al cónsul de turno, al experto local, a la autoridad pertinente. Esperaban y esperaban hasta conseguir lo ansiado.

En el entorno cercano vivieron las noticias que también nos contaron, las vivimos juntos, pero

ellos instalados en los hechos mientras nosotros, el público, las recibíamos en casa y oíamos lo que entraba por la ventana. Estaban en las calles durante el gobierno de Salvador Allende y para el 11 de septiembre de 1973, viajaron para el conflicto del Beagle, cubrieron el plebiscito de la Constitución de 1980, vieron sus sueldos mermados pero siguieron reportando en la gran crisis económica, se desplazaron en la gira Papal del ´87, intentaron no ser agredidos en las protestas, salieron a la Plaza cuando asumió Patricio Aylwin en 1990 y trataron de no quemarse con las llamas del puerto de San Vicente en 1993. Todos ellos se emocionaron hasta las lágrimas con el último pitido del Pique Carlos en Lota, en 1997, lugar en el que periódicamente se veían cada vez que el carbón se alborotaba.

Estos 32 representantes del periodismo penquista de fines del siglo XX merecen con creces ocupar un lugar en las siguientes páginas, Sonia Mendoza estaba consciente de eso. Es que ella y los demás forman parte de la generación bendita, la de los resilientes, que va desde la profesionalización de la actividad ejercida con avanzados medios técnicos hasta la dependencia tecnológica que trajo consigo el nuevo siglo. Los exponentes de esta generación transicional se caracterizan por ser sensibles, tanto al acontecer como en la expresión. Exhiben estilo, aunque quizá su valor más encomiable sea el de conservar intacto el asombro, lo que les permite situarse en la realidad y ver algo nuevo en ella una y otra vez.

Ellos nos ofrecen vivencias palpitantes, que muestran el saber hacer cotidiano sin los recursos actuales. Tiempos en que las máquinas de escribir acunaban las ideas en salas de redacción llenas de humo de cigarrillos, donde golpe a golpe los dedos daban forma a la historia recopilada con lápices y libretas, después de arrasar el suelo ciudadano. Jornadas que partían a día claro y muchas veces cerraban con el sol ya insinuado. Lapso preciso para leer Periodismo y Periodistas antes del Clic, 32 visiones.

**Margarita Rodríguez S.**

Concepción, noviembre de 2020